



Arqueología e Historia del Curso Medio e Inferior del Río Aconcagua: desde los Primeros Alfareros hasta el Arribo de los Españoles (300 aC-1600 dC). Fernando Venegas Espinoza, Hernán Ávalos González y Andrea Saunier Saunier. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2011, 259 pp.

Reseñado por Pamela Fernández¹



¿Prehistoria o Historia? Probablemente este sea uno de los cuestionamientos que ha predominado a la hora de realizar investigaciones sobre las culturas americanas, puntapié inicial de la obra que nos aprestamos a analizar. Si bien los autores se han volcado al estudio de las poblaciones indígenas del curso medio-inferior del río Aconcagua, no han dejado de inquietarse por la orientación en que esa tarea investigativa ha de cristalizar. Así, el libro materializa un trabajo interdisciplinario en donde vemos concertadas las labores de la arqueología de manos de Hernán Ávalos; la bioarqueología a cargo de Andrea Saunier; y la reflexión histórica de Fernando Venegas. En definitiva, se congregan las distintas líneas de trabajo de estos investigadores locales con el fin de plantear una propuesta conjunta.

A grandes líneas, esta obra presenta el estudio de los pueblos prehispánicos de ese tramo del valle del río Aconcagua a través de dos vertientes: el estudio

arqueológico y el análisis histórico, sin perder de vista los puntos de encuentro que permiten configurar un panorama amplio. Más aún, la obra en su conjunto es una invitación a reevaluar las fronteras que limitan y diferencian ambas ramas del saber, redundando en una separación abrupta entre el período prehispánico y el hispánico. En este sentido, la primera proposición que se esboza es la idea de abandonar ese tipo de conceptualizaciones rígidas y abogar por la colaboración de la Historia en la comprensión de las poblaciones indígenas prehispánicas, ya que esa época puede contemplarse hoy rebosada de historicidad. Y viceversa, el apoyo de la arqueología en el conocimiento de la fase posterior podría ser clave para interpretar los acontecimientos históricos ulteriores. De todos modos, estas primeras aproximaciones no son del todo resueltas, pues la línea discursiva se encamina a plantear interrogantes, dejando el debate en una situación abierta.

Entrando en los contenidos del apartado de arqueología, encontramos una sucinta revisión de la bibliografía concerniente al tema, así como una descripción metodológica y localización del área. Posteriormente se dan a conocer los procesos de cambio físico del valle del Aconcagua a través de la presentación de sus antecedentes geológicos. Aquí se examinan los distintos fenómenos naturales que intervinieron el comportamiento de las poblaciones del sector, ahondando en los elementos que permiten una reconstrucción paleoclimática.

En el segundo capítulo, Ávalos y Saunier se abocan al estudio arqueológico, introducido mediante un análisis general respecto de la existencia, valor y conservación de los sitios arqueológicos presentes en el área, señalando que:

la riqueza arqueológica de la zona, su alto poblamiento documentado desde el Período Alfarero Temprano en adelante, su ubicación geográfica estratégica, que la configuran como una zona de frontera, de tránsito y contacto entre culturalidades del Norte Semiárido y de la Zona Central del país, hacen de ella un objeto de investigación fundamental para entender la articulación entre los grupos prehispánicos no sólo del curso superior e inferior de la cuenca, sino también de Chile Central y hacia sectores trasandinos (p. 44).

¹ Programa de Magíster en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. pame.fernnav@gmail.com

Lo anterior corresponde no sólo a una justificación de la temática de estudio en términos de marcos espaciales, sino también una suerte de corolario luego de la investigación de 31 sitios arqueológicos localizados en las comunas de La Calera, La Cruz, Quillota, San Pedro y en el curso inferior del río Aconcagua. Espacios donde las indagaciones realizadas incluyeron una observación de enterratorios, piezas cerámicas y líticas, además de un estudio bioarqueológico que permitió a los autores deducir elementos en torno a la alimentación, presencia de enfermedades y características de la actividad física.

Presentados los antecedentes arqueológicos, los autores proceden, en un tercer capítulo, a plasmar sus conclusiones. Para Ávalos y Saunier el material arqueológico disponible no permite configurar un patrón de asentamiento inequívoco para las comunidades Bato y Llolleo, por lo que advierten que sus enunciados corresponden más bien a aproximaciones y no a esquemas rígidos. Señalan que las diferencias entre ambas culturas estarían dadas por las características del entorno inmediato, lo que no solo implicaría una distinción en el ámbito económico, sino que, además, aquello se vería reflejado en la esfera de lo social y lo simbólico. Existe pues, una línea argumentativa coherente, ya que el estudio se inicia a partir de observaciones paleoclimáticas que luego son consideradas elementales para entender la elección de un determinado ecosistema, e incluso para evaluar el desarrollo de particularidades identitarias. Ahora bien, hilando más fino también podríamos hablar de un determinismo geográfico-ambiental en donde el hábitat o medio natural es un factor clave en la plasmación de los modos de vida de una cultura.

No obstante, se revela un esfuerzo de síntesis e interpretación, en donde diversos vestigios de la cultura material y/o situaciones rituales específicas se convierten en indicios sugestivos de identificación cultural. En definitiva, ese tipo de elementos permitieron caracterizar y diferenciar a la Cultura Bato del Complejo Cultural Llolleo, transformándose en claves comprensivas que posibilitaron la configuración de un esquema básico. Ahora bien, uno de los planteamientos fundamentales que Ávalos y Saunier infieren de la evidencia arqueológica se relaciona con el surgimiento de la Cultura Aconcagua a partir de las alianzas entre las culturas Bato y Llolleo. En este sentido, sostienen: “la tesis de una continuidad biológica entre las poblaciones Bato-Aconcagua en la costa y Llolleo-Aconcagua en el interior, y un cambio cultural asociado a nuevas condiciones sociales” (p. 120) relacionadas con cambios ambientales en el medio, lo que en definitiva confirmaría el origen local del poblamiento prehispánico durante el período Alfarero en Chile Central (p. 123). Estas afirmaciones si bien se apoyan en la reunión de evidencia multidisciplinaria, aun constituyen acercamientos preliminares que no logran dar una respuesta acabada a todas las interrogantes, pero que, sin embargo, establecen un antecedente valioso para las

investigaciones siguientes. Lo anterior, ya que el estudio aportó nuevas aristas a la problemática, como la neutralización de los elementos identitarios entre Bato y Llolleo, no obstante la persistencia de diferencias sutiles entre lo Aconcagua costero de tradición Bato y lo Aconcagua del interior de origen Llolleo (p. 124). Lo que sumado a la necesidad de integrar estos resultados a los estudios del curso medio y superior del Aconcagua, trazan amplias perspectivas de trabajo.

Al llegar al apartado de Historia nos encontramos inmediatamente con un conciso recuento de lo que han sido las interpretaciones historiográficas en torno al impacto de la conquista española, preludio de lo que serán las páginas siguientes, “una revisión del significado que tuvo el avance de los inkas y por sobre todo de los ibéricos, sobre las poblaciones locales del Aconcagua” (p. 136), claro que sin abandonar la expectativa de abordar la nueva configuración socioeconómica gestada por los conquistadores. Así se enfatiza en el carácter microhistórico del estudio, sin descartar sus acercamientos con la historia local, distinguiendo entre una perspectiva local y otra localista (p. 135).

En el cuarto capítulo se revisa la expedición de Almagro, enfatizando las consecuencias de tal contacto y afirmando que “lo que no es cuestionable es que el impacto de la venida de Almagro entre la población local fuese considerable.[...] La población debió verse disminuida de modo significativo, además de quedar fuertemente conmovida” (p. 143). A la luz de esos antecedentes, señala Venegas, no resulta difícil entender la resistencia que ejercieron las poblaciones locales a la empresa de Valdivia, situación que determinaría la materialización de su proyecto en el valle contiguo. Como segundo punto, el autor analiza las características societales y económicas de los Aconcagua y los Mapochoes, recalando los puntos que permiten comprender su estructuración social en el ámbito de la jerarquización grupal, las actividades económicas, entre otros aspectos elementales para evaluar la resistencia al conquistador español y hacia los incas. El autor se permite cuestionar la real influencia del dominio incaico sobre la cultura local, apuntando que existen diversos indicios (sobre todo en la esfera de lo simbólico religioso) que posibilitan identificar expresiones culturales de arraigo histórico local (p. 157), lo que no implicaría negar el influjo que el contacto produjo en la cultura material.

Un tercer aspecto examinado por el autor se relaciona con las distintas vías que las poblaciones locales concibieron para enfrentarse al dominio español. Así, perfila una línea divisoria entre la actitud más ofensiva de los Promaucaes y los Aconcagua frente a una posición más consentidora de los Mapochoes. Finalmente, este capítulo termina con lo que el autor identifica como una de las prioridades de Valdivia en el proceso de conquista, el control de la frontera del Aconcagua como estrategia primera para asentar la posterior colonización. Tal objetivo, se vería concretado en

la construcción de la Casa Fuerte de Quillota, edificación que sería crucial en el posterior declive de la resistencia indígena y en la consolidación de la ocupación hispana. No obstante, Venegas sostiene que la sociedad que se fue conformando a posteriori va a responder a las dinámicas prehispánicas, ya que si bien los españoles intentaron encauzar ese proceso a través de lonkos, estos no pudieron detentar la autoridad de que fueron investidos.

En el último capítulo Venegas realiza una descripción del reordenamiento económico del Aconcagua, esclareciendo la función y los parámetros bajo los cuales surge la estancia de Pedro de Valdivia en el Valle de Chile. Este lugar se habría convertido en el centro de operaciones de la economía del Aconcagua, por lo que desde allí se habría organizado la actividad agropecuaria y las faenas de los lavaderos. Sin embargo, la presión sobre los territorios de la zona central a partir del siglo XVII habría determinado no solo su posterior desmembración, sino también constantes ventas de dominios indígenas de la zona del Aconcagua, debido a que, en teoría, las mercedes de tierra no podían realizarse sobre los terrenos de las poblaciones locales. No obstante, si bien esta situación correspondería a una práctica para consolidar el traspaso de tierras a los europeos, Venegas destaca el reconocimiento que se hacía en el marco legal de las posesiones que correspondían a los indígenas y a la posibilidad, al menos, de que estos últimos pudiesen, eventualmente, recuperar las tierras que hubiesen sido usurpadas.

En la última sección de este capítulo se presenta una documentación de las ventas y posesiones de tierras realizadas por los españoles, confirmando una progresiva transformación del espacio desde terrenos indígenas de uso intensivo y extensivo hacia la conformación de estancias de carácter privado, las que, no obstante, mantendrían ciertas prácticas de uso común. Asimismo, a través de esos

documentos se intentó comprender el funcionamiento de las comunidades nativas posterior a la conquista y ponderar las divergencias entre la estructuración prehispánica y la hispánica. Aunque si bien existieron diferencias en torno a la organización de las comunidades, desde la perspectiva del autor, lo cierto es que debido al interés que el indígena provocaba como mano de obra para el español, las comunidades pudieron mantener algunos de sus aspectos culturales que sobrevivieron al paso del tiempo mediante el sincretismo cultural y religioso.

En síntesis, es posible advertir que las líneas argumentativas de este trabajo pasan por esclarecer el panorama arqueológico e histórico de las poblaciones indígenas del curso medio e inferior del Aconcagua, desambiguando los aspectos sociohistóricos que en los estudios generales han permanecido inadvertidos. En este sentido, el estudio arqueológico permitió aportar detalles en torno a la configuración de la cultura Aconcagua y diferenciar los elementos constitutivos de las poblaciones precedentes, Bato y Llolleo. Por su parte, el análisis histórico permitió entregar claves comprensivas en torno a la respuesta indígena a la dominación española en el valle del Aconcagua, así como en relación con los procesos que más tarde modificaron la organización y entorno de las comunidades. Ahora bien, su valor no reside solo en el hecho de cuestionar los presupuestos que han girado a través de generalizaciones sobre estos pueblos, indicando el camino para otros estudios locales, sino que además responde a un debate mucho más amplio respecto de los imperativos epistemológicos que subrayan la pertinencia de estudios interdisciplinarios. Asimismo, este libro es también un llamado de atención sobre el potencial arqueológico presente en la zona y la necesidad de su efectiva protección sin importar intereses políticos o económicos.

